



HA MUERTO D. VICENTE BLASCO IBAÑEZ

La Patria está de luto -- Nosotros nos asociamos con el alma al duelo nacional -- Algunos aspectos de la literatura blasquiana.

Queriendo hacer más elocuente nuestro homenaje al maestro desaparecido, hemos pedido a D. José Estellés, amigo que fué de Blasco, su paisano y un poco su discípulo literario, unas cuartillas que hablase del héroe desaparecido.

Sus ocupaciones de otro orden, le han impedido hacernos un trabajo exprofeso; pero ha autorizado a reproducir, los fragmentos siguientes, de una conferencia que acerca de «Blasco Ibañez» y «Mare nostrum» dió en Valencia el año 1918, editada luego por la «Editorial Prometeo» de la misma ciudad.

He aquí los fragmentos dichos:

Ejemplo de vida

Nunca he perdido la admiración a Blasco Ibañez, cuya vida he seguido con más interés que la de ningún otro español, porque a nadie como él he creído digno de ser imitado, ya que ningún artista de nuestra tierra ha tenido una tan amplia visión de vida como el maestro valenciano, ni otro que como él la haya vivido tan intensamente.

Blasco es inquieto, como buen mediterráneo, y si cuando jovencuelo, poseído de una sagrada fe romántica, sueña con igualar la conducta de los girondinos franceses, cuando político es un alto y magnífico señor del Renacimiento, algo tirano porque sabe más que los demás y necesita imponerles cosas bellas o buenas que los otros, por ignorancia, no pedirían o se resistirían a tomar si graciosamente las diese; pero es dulce su tiranía de agitador, pródigo y algo irreflexivo, porque están hechas las cadenas de admiración y cariño a él y amor de todos a la Libertad, por la que Blasco sintió siempre un fervor heredado de griegos. Y como descendiente de tales, lleva unido a tal culto otro, que impone a sus paisanos, de adoración constante a la Belleza hecha Arte, que si los helenos amaron serenamente, él goloso y sensual como un hijo de Oriente, lo hace con grandiosa locura; entregándose de tal modo en sus ritos, que ello le salva, ya que, sin el Arte, Blasco hubiera sido tan sólo un político, solo eso. Y se hubiera encallecido su maravilloso cerebro, agotado por la monótona labor de un parlamentarismo estéril, ocupado en derribar un ministerio tras otro, y todos igualmente malos.

Alejado cada vez más de la política, se da todo a la literatura, y es de entonces aquella magnífica silueta de un Blasco vestido de pana, envuelto en una amplia capa verde, tocado con un enorme chambergo negro y, en la boca insaciable el peso de una pipa como un pebetero eternamente humeante, que se recorta en las callejas de Madrid, empequeñeciéndolas con su grandeza y con sus gritos, como un Alejandro Sawa, con vista en sus ojos algo cansados, pero siempre rectos, francos y valientes, al avizorar el porvenir, que ya ve cerca su ambición; tan cerca, que acelera el paso firme y apresta los puños cerrados, [como si la lucha que le ha de dar el triunfo hubiese de tenerla al volver la esquina.

Escribe entretanto sus mejores novelas, y deslumbra la policromía de su prosa, llena de imágenes como ricos joyeles, graciosa y fuerte al mismo tiempo, como si en vez del cincel hubiese usado con tales joyas el fuego y el martillo.

Tampoco le satisface quedarse en escritor, y Francia y América conocen el encanto, hecho de plata y de cristal, de su voz y el poder de su planta orgullosa y audaz, como la de un mediterráneo conquistador y extemporáneo, que funda industrias y pueblos, habla, escribe, tuerce con su corriente la voluntad de caudalosos ríos y rompe la virginidad de unas tierras exaltadas por Darwin en otra época, obligándolas al desgarrarlas a producir algo más útil que el musgo y las florecillas.

Vuelve a Europa nuevamente, luego de haber publicado una novela, en la que Blasco, que rapó ya su barba berberisca y peina cuidadosamente los restos de aquella cabellera anillada de fauno, un Blasco con el bigote recortado a la inglesa, pulcro en el vestido como un diplomático, con las uñas pulidas y sonrosadas como un *dandy*, se nota levemente cansado, con menos facilidad, más preocupación por el estilo, por la corrección y por la erudición que en aquella serie de novelas regionales, donde se veía el autor joven, fresco y lleno de un bello fuego interior, que le era necesario esparcir.

Pero la guerra, con las desdichas de Francia,

que Blasco amó siempre como republicano y como escritor, los triunfos de Francia, sus virtudes, el valor heroico de sus hijos, el estoicismo de sus mujeres y el consciente entusiasmo de sus niños, le rejuvenecen, y en *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, resucita el enorme novelista de antaño, que ha producido ahora *Mare nostrum*, nuestra obra, porque es la novela del Mediterráneo.

La nueva odisea.

Nadie como Blasco Ibañez podía hacer tal novela, porque nadie como él es hijo de este mar, que hace unos hombres intuitivos y escandalosos, capaces lo mismo de ser santos que bandidos; de realizar enormes empresas y de dormirse, luego de soñar, nuevos faquires contemplando la curva casi metafísica de su vientre satisfecho, teniendo por dosel la luz atomizada de un sol que llena todo el cielo y que es el mismo que hizo cantar a Homero en Grecia, en Provenza a Mistral y aquí a Blasco Ibañez ahora.

Blasco Ibañez es, antes que todo y sobre todo, un escritor mediterráneo, un hombre mediterráneo. Leyendo sus novelas se siente un tibio y perfumado bienestar, parecido al de aquellos viajeros nortefios que arriban a nuestras encantadoras playas, y luego de leerlas nos invade una dulce melancolía, como la de los enfermos que en las literaturas del Norte suspiran por «el país donde luce siempre el sol y florecen el naranjo, el laurel y la palmera». Hay en todas ellas una invasión de azules cristalinos, comunicados por su embriaguez de cielo y de mar, que en estas tierras nos dan constantemente una lección de sereno, de olímpico optimismo.

He dicho embriaguez, y nada como esto puede expresar hasta qué punto influye en sus hijos el Mediterráneo, que en *Mare nostrum* llena a Blasco de una entusiasta locura; porque el Mediterráneo es como un opio sutil y como un vino espumoso, es como un intenso perfume de magnolias, de jazmines y azahares, que si enerva algunas veces, lo hace de modo tan milagroso, que en sus nirvanas transcurren las gestaciones placenteras y fecundas de obras

